PQ7297
.P36
A17
V.3.

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS
155950

LA RUINA DE AZCAPOTZALCO

Al Sr. D. Manuel Pérez de Hermida.

ROMANCE I.

IXTLILXOCHITL. -EL PROSCRITO.

Con aire grave y sombrío,
El entrecejo enarcado,
Descompuesta la mirada
Y el enjuto rostro pálido,
El rey de los tepanecas,
Tezozomoc el tirano,
En un salón de su augusta
Morada de Azcapotzalco,
De un extremo al otro extremo
Pasea sobresaltado,

Como herida fiera en torno
De su cubil solitario.
  El esplendor de Tezcuco,
Su gloria, sus adelantos
En las artes, en la industria
Y en las ciencias de los astros,
  En él la ambición despiertan
De los honores y el mando,
Y al demonio de la envidia
Alberga en su pecho avaro.
  Huye de su alma el sosiego,
A los mortales tan grato,
Y huye el sueño de sus ojos
Y de su hogar el descanso.
  No olvida ni un solo instante
Que del gran Xolotl (1) es vástago,
Y de Acolhuacán el cetro
Regir debiera su mano.

  Como en tempestosa noche
Súbito brilla el relámpago,
Así brota en sus pupilas
De fulgor siniestro un rayo;
  Y con un brusco y nervioso
Movimiento, el raudo paso
Detiene, se agita, duda,
Y la voz al fin alzando,
  Llama á dos nobles caudillos
Que son de Otompan y Chalco

(1) Primer rey de los chichimecas y fundador de Acolhuacan.

Señores, y así con ronco
Acento, hablóles airado:
  —"Ya sabréis, nobles guerreros,
Súbditos míos y aliados,
Que Ixtlixochitl Ome Tochtli,
Rey y Señor se ha jurado
  En Huexotla, ha pocos días,
Del Imperio Tezcucano,
Haciendo á mi estirpe ultraje,
Mi derecho atropellando
  En los montes de Tlaxcalan
Y en sus valles acampado,
Con huestes innumerables
Amenaza mis estados.
  Y como es fuerza se acaben
Tan funestos desacatos
Que amenguan de mi corona
El esplendor soberano,
  Reunid á vuestros parciales,
Y con cautelosos pasos
Llegad, cruzando las selvas,
Hasta el enemigo campo.
  Allí pedidle á Ixtlilxochitl
Una entrevista; el incauto,
Sin escolta, hasta vosotros
Se acercará temerario;
  Mas antes que una palabra
Se desprenda de sus labios,
Entrambos de un solo golpe
Y sin compasión, matadlo.
  Idos.....y tened presente
Que aquí la victoria aguardo;

Que el porvenir de mis reinos
Desde hoy queda en vuestras manos.
  Dice, y su adusto semblante
Se anima con un extraño
Gesto, que es dulce sonrisa,
Que es incomparable halago
  Para aquellos dos magnates
Que, sumisos y temblando,
Salen de la regia cámara,
Donde al resplandor escaso
  Del crepúsculo sombrío,
Torvo, mudo y cabizbajo,
En mil confusos proyectos
Quedóse el rey abismado.

  Una tarde, cuando apenas
El sol con láguidos rayos
Del Iztachihuatl doraba
Las cumbres desde el ocaso,
  Ixtlilxochitl separóse
De sus jefes y soldados,
Que á parlamentar le invitan
Los del enemigo bando.
  El se aleja, el gozo inunda
Su altivo semblante franco,
Y sus indómitas huestes
Le ven partir sin cuidado.
  ¡Ay! ¡infeliz! no presume
Que los nobles emisarios
Que le esperan, sus verdugos
Han de ser en breve plazo.
  No lo presume, y tranquilo

En su valor descansando,
Llega á los embajadores
Con andar sereno y tardo;
  Mas antes que una palabra
Murmure el monarca, rápidos
Sobre él se arrojan, cual tigres,
El de Otompan y el de Chalco.
  El rey se turba, no asombra
Ni hiela su alma el espanto;
Mas paraliza su brío
De aquella sorpresa el pasmo.
  El golpe alevoso hiere
La regia frente, y del campo
De los acolhuas un grito
Se alzó llenando el espacio:
  "Traición, Tezuco; á las armas."—
"Azcapotzalco"—exclamaron
Los tepanecas, saliendo
De los bosques inmediatos;
  Y á poco, al tender la noche
Su gigantesco sudario,
Tiñó la sangre á torrentes
La verde alfombra del llano

  Nada el valor ni el esfuerzo
Pueden, si el sino es contrario;
Y en tan espantoso día,
Al perder los tezcucanos
  Su sangre, su rey, su gloria
En aquel encuentro infausto,
De la esclavitud al peso
La altiva frente humillaron.

Netzahualcóyotl, el hijo
De Ixtlilxóchitl, sin amparo,
De los traidores oculto
Entre el follaje de un árbol,
Contempló, con honda pena,
De su padre el sanguinario
Drama, y el fin desastroso
De sus valientes soldados.
Y al comprender su desdicha,
La impotencia de su brazo,
La injusticia de los dioses
Y el poder de sus contrarios,
Desde el fondo de su pecho
Inundado por el llanto,
Jura exterminio y venganza
Al torpe rey, que arrojando
Al infortunio sus días,
Ha deshecho en mil pedazos
El trono que sus mayores
En Acolhuacan fundaron.

El destino en las tinieblas
De sus profundos arcanos
Oculta, tal vez por siempre,
Del noble mancebo el astro.
Alegres huellan sus plantas
Las rosas de quince mayos,
Y el sol de sus ilusiones
Aun no vislumbra su ocaso,
Cuando ya los bosques cruza
Huérfano y desheredado,
De amor y de paz hambriento
Y de desventuras harto.

Aquel que en selvas de flores
Miró deslizarse el carro
Donde la infancia abandona
Sus pasajeros encantos;
Aquel que en un regio alcázar
Tras mil ensueños dorados
Miró el oriente, la aurora
De los juveniles años,
Recorre, como las fieras,
Despavorido los campos,
Sin hogar ni más consuelo
Que el amor de sus vasallos,
Hasta que de penas tantas
Y de tanta angustia al cabo,
Y merced á la exigencia
De los reyes mexicanos,
De quienes era el proscrito
Príncipe, pariente amado,
Tezozomoc le permite
Retornar con sus hermanos
A Tezcuco, emporio y norte
De sus lisonjeros cálculos,
Dándole allí señoríos
Y de Cilam el palacio,
Donde entregado á las letras
Pasó dos lustros escasos,
De los negocios del mundo
Lejos y de sus engaños.

ROMANCE II.

EL ENSUEÑO.

Tezozomoc en su lecho
Perennemente reposa,
Que el peso de la existencia
Sus flacos hombros encorva;
Sus fuerzas enerva y rinde;
Deslustra la brilladora
Pupila que en otros tiempos
Fué de sus pueblos antorcha;
El fuego que ardió en sus venas
Apaga, y hora por hora
El invierno de los años
Nieve en su frente amontona;
Nieve que no se deshace
Ni se derrite ni agota,
Que ni hay Abril ni Verano
Que su terso cristal rompa;
Y por eso entre algodones
Lo arrebujan y lo escoran,
Y á su corte se presenta
Como un fantasma, una momia
Que desde el frío sepulcro
Dictando sus tenebrosas
Leyes, rige á sus vasallos
Y los tiraniza y doma.

Es ya de noche; una noche
Invernal y tempestosa;
Frío el viento, rebramando
De las regiones del bóreas,
Llega á estrellarse á las tapias
Reales, y en una alcoba
De su palacio, el tirano
Tezozomoc se sofoca,
Lejos de aquel delicioso
Sueño que su alma ambiciona,
Y perdido en los abismos
De pesadilla horrorosa.
Siente que un enorme peso
Su seno oprime y ahoga,
Y en una triste penumbra
Mira de pronto, aun más lóbrega,
Tendidas las negras alas,
Una inmensa mariposa
Que vuela al principio lenta
Del aire en las tenues ondas,
Y después acrecentando
Sus flebes giros, azota
Las pardas nieblas, con una
Rapidez vertiginosa.
En vano el monarca intenta
Apartar de ella sus torvas
Miradas.....do quiera siguen
La carrera prodigiosa
De la voluble fantasma
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.
Al fin, la visión horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornisón, y tiende
Sutiles y vaporosas
Sus luengas alas, que poco
A poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.
Empero, en el mismo instante
Ve el rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresión pasmosa
Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas
Se incrustan, como engarzadas
En montón, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,
Que abrasadas trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.
Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rebatiendo
Sus dos alas ponderosas,

Un águila gigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;
Que tiende el vuelo al espacio,
Que á las nubes se remonta,
Y luego sobre él se lanza
Tan rápida como arroja
El arco la flecha aguda
Que el viento silbando corta.
El rey, que apenas alienta
Con débil y estertorosa
Respiración, se horripila,
Y se contrae, y apoya
En una mano la frente
Por la cual heladas gotas
De sudor copioso corren
Y ambas mejillas le mojan.
Y ve al águila ya cerca
Que retrocede y se encorva,
Que dando un revuelo, al cabo
Fiera sobre él se desploma,
Y en su ya desnudo seno
Enclava las garras corvas,
Hiende sus carnes, el pico
En sus entrañas ahonda,
Y hambrienta, insaciable, bebe
Y apura su sangre toda.
Entonces el rey despierta
Dando un grito agudo, torna
En redor los grandes ojos,
Y se palpa, y tiembla, y llora;

Llora de susto, y con voces
Que la muda estancia asordan,
Clama por su servidumbre
Que acude á su acento atónita.

Está en el regio aposento
Una anciana temblorosa,
Que habla con triste semblante
Y con lenta voz monótona.
Sus ojos, cual si quisieran
Penetrar las vagas ondas
Del porvenir, están fijos
Hacia delante, y sus hoscas
Miradas prende en sus labios
El rey, con alma absorta,
No pierde una sola frase,
Y ni una sílaba sola.
—"Esa mariposa negra,
Sombría y aterradora,
Era el vengador espíritu
De Ixtlilxochitl que aun te acosa.
Las víctimas de los reyes
Ni en el sepulcro perdonan,
Y la paz del alma, dulce,
En este mundo les roban.
—Prosigue.....
—Aquella montaña
Gigantesca y portentosa,
Es tu trono que enrojece
La sangre de tus victorias.
—¿Y aquellos cráneos horribles?
—De tu carrera despótica

Las víctimas inmoladas
Son, y en las cuales reposan
Las columnas de ese trono
Que te sostiene.....
—¿Y las olas
De aquel mar de fuego?
—El tiempo
Significan, que á espantosa
Nada tornarán bien pronto
Tu poderío y tu gloria.
—¿Y ese monstruo sanguinario?
Murmuró el rey con voz ronca,
Llevando una mano fría
A su frente sudorosa.
—¿El águila?
—Sí, contesta.
—Te anuncia que vengadora
La saña de un hombre fuerte
Destrozará tus coronas.....
¡Le estoy mirando!
—¿A quién miras....!
—A él, al rey de los Acolhuas.
—¿Nezahualcoyotl?
—Al mismo;
Al águila poderosa
Que ha de saciar en tus reinos
Su hambre, su ambición, su cólera;
Que no ha de ver en sus días,
Tardes ni noches, ni auroras,
Y cuyo nombre famoso
Y grande será en la historia.
—"¡Mientes!" exclamó el monarca

Furioso; "sella tu boca"—
Ea, ¡llamad á los príncipes,
Que quiero hablarles ahora!
"Sí, sí, que el traidor perezca,
Perezca su estirpe toda,
Y ni de su nombre quede
En mis dominios memoria."
Dice el rey; sangrienta espuma
Entre sus labios borbota,
Y huye la bruja espantada
Por una salida próxima.

Ante el rey de Azcapotzalco
Estaban, á pocas horas,
Tayatzin, Teuctzintli y Maxtla,
Infantes de la corona.
Y á todos tres iracundo
Ordena que, sin demora,
Prendan al príncipe ilustre
Nezahualcoyotl, que pronta
Muerte le den sus secuaces
Donde quiera que le cojan,
Y ofrece un premio al que lleve
A cabo acción tan gloriosa.

Tezozomoc muy en breve
Pagó el tributo, que toda
La humanidad miserable
Debe á la tierra, y la fosa
Encerró con sus cenizas
Bajo una sombría bóveda.
La execración de su pueblo,
Que aun después de muerto le odia.

Nombró á Tayatzin su hijo
Por sucesor, quien provoca
Del primogénito Maxtla
La indignación envidiosa.
Es Maxtla, altivo, soberbio,
Y en su alma negra la sórdida
Avaricia de su padre
Se oculta devoradora.
De los reinos se apodera,
Con su maldad los agobia,
Y á Tayatzin con los suyos
En la impotencia abandona.
Y Tayatzin, á quien poco
Después la mano traidora
De unos esbirros, de Maxtla
Ante la augusta persona,
Y por su orden, le dan muerte,
Ciñendo á la poderosa
Frente del regio asesino,
Entre la espléndida pompa,
Y los vítores de un pueblo
Que ante el destino se postra,
De Azcapotzalco y Tezcuco
Las magníficas coronas.

Maxtla, libre de temores
En su majestad se goza,
Y con el poder se embriaga
Que ha adquirido á tanta costa.
Sólo una nube atraviesa,
Como fatídica sombra,

Por el tranquilo horizonte
De sus venideras glorias;
Y esta sombra es el recuerdo
De un hombre, fuente do brotan
Sus pertinaces recelos
Y sus continuas zozobras.
Nezahualcoyotl, sombrío
Se le aparece, y trastorna
Los proyectos colosales
Que fragua su mente loca.
No olvida el sueño funesto
De Tezozomoc, y sorda
Brama en su pecho implacable
La tormenta pavorosa;
La tormenta, que lo mismo
Que de los cielos arroja
Sobre la tierra las iras
De su formidable cólera,
Así del pecho de Maxtla,
Contra el heredero Acolhua,
Se desprenden las saetas
De una adversión enconosa.
Y sin que pueda, ni un día,
La pesadilla diabólica
De su padre, ni á la bruja
Arrojar de su memoria,
En persecución del príncipe,
De los esbirros las hordas
Cruzan las grandes ciudades,
Y las selvas montañosas.
Los Teocallis escudriñan,

Y los Tianguis (1) alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

(1) Las plazas del mercado.

ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pie de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la margen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tapias envejecidas.
Y á cuya puerta da sombra
Una secular oliva,
Tendiendo las verdes ramas
Que eterna paz simbolizan.
En ella moran tranquilos
Un anciano y una viva
Y traviesa y cariñosa
Doncella, su amor, su dicha.
Nanche se llama el anciano,
Nezahualxochitl la niña,
Y Nanche y Nezahualxochitl
Son dos almas y una vida;
Son una flor en su tallo,
Son, del mar en las orillas,
Una perla en su rugosa
Y áspera concha escondida.

Era una noche muy triste,
Y lánguida y amarilla,
Llegando al zenit la luna
Su lánguida luz vertía.
La joven, como una sombra
Impalpable y fugitiva,
Por sus velados jardines
La leve planta desliza;
Cuando de pronto el anciano
Se le aparece, y solícita
Nezahualxochitl al verle,
Gozosa se le aproxima:
—Padre mío, ¿á tales horas
Por estos sitios caminas,
Cuando tus ojos apenas
Distinguen la luz del día?
Dame tu mano y revélame
Dónde vas.....
—Sígueme, hija,
Nanche contesta, y torciendo
Por una calle en que agita
A diestra y siniestra el manto
De los arbustos, la brisa,
Llegaron á una pequeña
Esplanada, do la vista
Entre tristes sempazúchiles
Y sauces mustios, divisa
De una blanca sepultura
La negra losa sombría;
Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,

Y de sus párpados lenta
Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánima comprimida,
Es el único consuelo
De prolongadas vigilias.
Después, tendiendo una mano
Mientras que la otra fría
Y temblorosa sostiene
Su cuerpo, que ya se inclina
A la tierra, doblegado
Por la edad y la fatiga,
—"Allí está Tiata, hija mía,
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia;
Creció feliz á mi lado,
Como has crecido tú misma,
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.
Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.
Huitzilihuitl, el monarca
De Tenuchtitlán un día
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.
No puse á sus pies un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.
¡Ay! robómela el infame,
Robómela en hora impía,

Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.
Eternos días horribles,
Largas noches de vigilia
Pasé sin Tiata..... era hija
De una vez sábelo, mi hija.
El grande rey Ixtlilxochitl,
A quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mías.
Y en mi socorro acudiendo,
A Huitzilihuitl obliga
A devolverme el tesoro
De mi insaciable avaricia.
Tiata al hogar desolado,
Al Eden de su familia,
Tornó temblando, una tarde,
Melancólica, intranquila;
Al llegar á mi presencia
Clavó en el suelo la vista,
Y, cual un raudal, el llanto
Nubló sus negras pupilas.
Como las flores que arrastran
Los vientos por la campiña
En las noches de Atemoxtli, (1)
Eternas, tristes y frías,
Así á la infelice Tiata
Miré mustia y abatida,
Blanco el color de sus labios,
Y sin sangre sus mejillas.

(1) Diciembre.

Lloró, lloré; el llanto nuestro
Se confundió en una misma
Corriente, cual sus dolores
Nuestras almas confundían.
Mas nada bastó; las penas
Mataron á Tiata el día
Que tú naciste; tú eres
De Huitzilihuitl la hija.
Murió el verdugo hace tiempo;
Allí está en polvo la víctima;
¡Tu madre infeliz, que goza
De Tonatiuh (1) las delicias!
Hoy que siento que mis fuerzas
Me abandonan y declinan,
Te he revelado el secreto
De mis angustias continuas.
Cuando de este mundo salga,
Ven á este sitio, y cultiva
Las tristes flores que nacen
En sus desiertas orillas;
Suplan á mis oraciones
Tus oraciones sencillas;
Tu dulce llanto á las tristes
Y amargas lágrimas mías."
Cesa la voz del anciano,
Nezahualxochitl suspira,
Y ante la tumba cayeron
Ambos á dos de rodillas.

(1) El Sol.

ROMANCE IV

LA HOSPITALIDAD.

Está avanzada la noche,
Y dulce, apacible y diáfana
Va rodando en los espacios
Febe, su disco de plata.
Nanche á su aposento torna.
Y las desdichas pasadas
Entrega en brazos del sueño
Que sus sentidos embarga.
Mas Nezahualxochitl sola,
Misteriosa y desvelada,
Aun de sus vastos jardines
Por las arboledas vaga.
Acaso encierra su pecho
Alguna ignota esperanza,
Y al hondo silencio fía
Los secretos de su alma.
Acaso un leve suspiro
Que de su seno se escapa,
De los zéfiros livianos
Vuela en las flébiles alas.
Tal vez recuerda su mente
Que ha visto en una mañana,
A la hora en que alegre y bella
En la cuna sonrosada,

Confunde su luz el día
Con los crespones del alba,
Pasar una sombra errante
Entre dos verdes montañas.
Que aun mira se le figura
La imagen gentil, gallarda,
De un mancebo que corría
Y ásperas cimas trepaba,
Como el Coyametl (1) que huye
Entre breñas y entre zarzas,
Del brazo que lo persigue
Tras de la innúmera jauria;
Aun se finge que le mira
Perderse allá en lontananza,
Al través de los arbustos
Y el follaje de las ramas.
Y por el mismo sendero
A poco ve que se lanza,
En pos de aquel fugitivo,
Un tropel de gente armada
Que corre de un lado al otro,
Que se detiene, que avanza,
Que camina irresoluta,
Que á conconferenciar se para,
Bien como duda y vacila
El ojeador que en la caza
Pierde la pista y no sabe
Dónde la fiera se guarda.
Tal sueña la pobre joven,
Intranquila y desvelada,

(1) Jabalí.

Que por las calles desiertas
De sus arboledas vaga.
En tanto, avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aun por el espacio rueda
Febe, su disco de plata.

Que ruido es ese? ¿acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las hojas secas levanta?
¿O lo forma por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos las ramas?
¿O es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?
Nezahualxochitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.
Cuando distingue una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hacia ella
Temerosa y recatada.
¿Quién será? tiembla la joven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle, mas sólo
Unos breves pasos anda,
Cuando á su oído un acento